

El papel cultural del corresponsal obrero

León Trotsky
23 de julio de 1924

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *Problems of Everyday Life*, Monad Press, Nueva York, 1986, páginas 162-183. Discurso pronunciado el 23 de julio de 1924 y que se publicó por primera vez en *Pravda*, el 14 de agosto de 1924.)

El corresponsal obrero como pequeña palanca en la elevación del nivel cultural

¡Camaradas! La cuestión de las tareas del corresponsal obrero está íntimamente relacionada con la cuestión de la elevación del nivel cultural de la clase obrera. Todos nuestros problemas actuales, grandes y pequeños, dependen esta tarea fundamental. Los comunistas, los miembros del Partido Comunista Ruso, fueron y siguen siendo revolucionarios internacionales. Pero cuando se aplican a las tareas de la república soviética, son ante todo “culturizadores” Antes de la revolución, la palabra “culturización” tenía una connotación peyorativa, casi insultante. “Ese es lo que llaman un culturizador”, implicaba que la persona tenía poco peso. ¿Teníamos razón al pensar así? Sí, la teníamos, porque bajo el zarismo y en las condiciones de un estado burgués, el trabajo cultural primordial tenía que ser unir al proletariado para la conquista del poder, ya que sólo la conquista del poder abre la posibilidad de un trabajo cultural auténtico y de gran alcance.

En el movimiento socialdemócrata alemán, los mencheviques tienen un teórico llamado Hilferding. El otro día, en el órgano teórico del Partido Socialdemócrata Alemán, escribió un artículo cuyo sentido era el siguiente: nosotros, los socialdemócratas alemanes, renunciamos a la actividad revolucionaria en la república alemana; en adelante, dedicaremos nuestras energías al progreso cultural de la clase obrera alemana.” A primera vista, parece que haya dicho casi lo mismo que nosotros: es decir, que el trabajo principal es el trabajo cultural.

¿Dónde radica la diferencia? La diferencia radica en que en Alemania el proletariado no ha tomado el poder estatal. En consecuencia, el trabajo cultural del proletariado alemán está limitado por la existencia de la propiedad privada de los medios de producción y del poder burgués. Y la burguesía, al tener el poder estatal, controla las editoriales, los libros, las escuelas, las bibliotecas, etc., y asigna a la clase obrera sólo lo que ella, la burguesía, considera necesario y en condiciones ventajosas para ella.

Se puede decir, por supuesto, que nosotros tampoco estamos bien en este sentido. Pero, ¿por qué somos pobres en escuelas, libros y periódicos? Porque somos pobres y culturalmente atrasados en general y tenemos muy poco de todo. Pero no tenemos barreras y obstáculos de clase por parte del estado; es decir, no tenemos un poder estatal que tenga interés en cercenar los medios de desarrollo cultural para el proletariado, ya que en nuestro país el poder es de los obreros.

En uno de sus últimos artículos, al que he aludido en otro lugar, Vladimir Ilich explicaba: con la conquista del poder, el planteamiento mismo del socialismo cambia bruscamente. Mientras dure la supremacía burguesa, la lucha por el socialismo significa unir al proletariado para la toma revolucionaria del poder. Esto significa que lo primero que hay que hacer es abrir por la fuerza las puertas del reino del futuro. Pero una vez tomado el poder, es necesario elevar el nivel cultural de las masas trabajadoras, pues es imposible construir el socialismo sobre la base de una cultura subdesarrollada. Por supuesto, para el proletariado alemán, los problemas del trabajo cultural tras la conquista

del poder serán incomparablemente más fáciles que para nosotros. Pero tenemos que trabajar en las condiciones en que nos ha colocado toda nuestra historia pasada, y nuestra historia es de opresión brutal, de atraso, de pobreza y de falta de cultura. No se puede saltar fuera de la propia piel. Hay que superar la herencia del pasado. La mayor ventaja, la mayor conquista que la revolución ha ofrecido hasta ahora (y la revolución no es un fin en sí misma, como sabemos, sino sólo un medio) ha sido despertar una poderosa sed de cultura entre las masas trabajadoras. Un sentimiento de vergüenza por nuestro bajo nivel cultural y una aspiración a mejorar: eso es lo principal que ha provocado la revolución, y a una escala nunca vista, escala que abarca a millones y decenas de millones.

Esta sed de cultura es, por supuesto, especialmente fuerte entre los jóvenes. No hay duda de que la tasa de analfabetismo entre los jóvenes está disminuyendo. Lo vemos entre los nuevos reclutas militares. Pero hay una etapa entre el analfabetismo y la alfabetización en la que una persona es semianalfabeta o insuficientemente alfabetizada. Muchos permanecen demasiado tiempo en esta etapa. Hay muchas personas parcialmente alfabetizadas en el ejército, así como entre los jóvenes de la clase obrera, y particularmente entre los jóvenes campesinos. Es necesario que nuestros periódicos se apoderen de esos semialfabetizados, los atraigan, los induzcan a leer diariamente, les enseñen a leer, aumenten su grado de alfabetización y, a través de la alfabetización, amplíen sus horizontes. Lo que nos lleva a la cuestión que estamos debatiendo hoy.

La clase obrera ha despertado a la necesidad de la cultura. Y los corresponsales obreros son una de las expresiones de este despertar de la clase. Esta es la distinción fundamental entre la organización de los corresponsales obreros y todos los demás grupos de escritores. Los corresponsales obreros son los instrumentos más cercanos y directos con que cuenta la clase obrera recién despertada en su base. Esta relación es la que determina el significado de su trabajo, su papel y el alcance de sus intereses, y es la escala por la que se miden. El corresponsal obrero es receptivo a todo lo que vive y respira la clase obrera. Los corresponsales obreros utilizan sus plumas como palancas. Es una pequeña palanca, pero hay muchos corresponsales obreros, y eso significa que hay muchas pequeñas palancas para elevar la cultura de las masas trabajadoras.

La idea y su exposición

Por supuesto, para tener éxito en el papel de palanca cultural, el corresponsal obrero debe saber escribir. Esto no es fácil, en absoluto. Saber escribir, por supuesto, no significa sólo ser capaz de entender la gramática simple. Significa sobre todo tener la capacidad de encontrar su propia idea, de preguntarse: ¿Qué quiero decir? Aprended, camaradas, a preguntaros esto con más firmeza y seriedad. Esto es algo difícil de hacer. Es mucho más fácil coger la pluma, la tinta, el papel, mojar la pluma en la tinta y garabatear esto o aquello, sin más razón que la de que a veces el lector lee simplemente por falta de algo mejor que hacer. Hay unos cuantos así. Este escrito no es ni exposición ni correspondencia obrera. Es cierto (y es inútil tratar de ocultarlo) que muchos artículos periodísticos de nuestra prensa están escritos según esta receta. Así, la afección del “lenguaje oficial” de los periódicos está bastante extendida. Cuando un periodista no tiene un sentido de las necesidades del lector y, por lo tanto, sólo tiene una vaga idea de qué debe informar, surgen los inevitables lugares comunes: clichés y jergonza. No pretendo ofender con todo esto. La capacidad de especificar la idea principal, de encontrar lo que es necesario para un lector determinado, y lo que necesita en una situación determinada, es el requisito que todo escritor debe imponerse a sí mismo, incluso un corresponsal obrero principiante. No puedo insistir demasiado en este punto. Lo primero es examinarse a sí mismo rigurosamente: ¿De qué quiero hablar? ¿Para quién? ¿Y por qué? Esta es una

condición previa para todo lo demás. La cuestión de cómo escribir es también de enorme importancia, pero tiene que venir en segundo lugar.

Últimamente, me he encontrado con muchas discusiones, destinadas a los oídos de los corresponsales obreros, sobre el estilo y la sintaxis... Por supuesto, este es un aspecto muy importante del trabajo. Pero en las discusiones sobre este tema se encuentran muchas tonterías. Por ejemplo, algunos creen pronunciar grandes palabras de sabiduría cuando recomiendan: “escribir con sencillez, al estilo proletario”.

No es tan sencillo escribir con sencillez. Esa recomendación viene esencialmente del pasado, de la época en que la intelectualidad revolucionaria se acercaba a las masas, y se le decía: “Escribid y hablad de forma más sencilla, más clara, más concreta...” Por supuesto, este consejo puede repetirse con resultados incluso hoy en día en muchos casos. Pero decir a los corresponsales obreros: “Escribid con sencillez; no persigáis el estilo”, sería errar por completo. La “sencillez” por sí sola es totalmente inadecuada. Se necesita habilidad; se necesita destreza. Hay que cultivar la manera de exponer, el estilo. Esto es un trabajo; es una tarea; significa estudiar. ¿Cómo hay que abordarlo? En este sentido, también se encuentran algunas instrucciones bastante curiosas. Incluso encontré un consejo que se refería a mí mismo. Cierta camarada dijo a los corresponsales obreros, con fines de instrucción, que para desarrollar mi estilo solía tomar una pluma especial, conseguir cierto tipo de papel especial y... “escribir como un loco”, como dijo; [falta una línea en la fuente].

Me quedé totalmente sorprendido al leer estas líneas. ¿De dónde vienen estas cosas? Permítanme asegurarles, camaradas corresponsales obreros, a ustedes, los escritores más jóvenes, que el estilo no lo desarrolla la pluma o el papel, sino la conciencia, el cerebro. Pregúntense en primer lugar qué quieren decir. Ese es el primer requisito en cuestiones de forma, exposición y estilo, como en todas las demás. Todas las personas son elocuentes a su manera en cuestiones que conocen y les interesan. Por supuesto, la forma de escribir de una persona será más vívida, la de otra más sosa. Diferentes escritores tienen diferentes temperamentos. Pero incluso las personas semianalfabetas escriben de forma persuasiva y con sentido cuando tienen una idea clara de lo que quieren decir en un momento determinado y cuando no escriben simplemente por escribir, sino que intentan conseguir algo, por ejemplo si el reportaje no es simplemente un medio para satisfacer la vanidad de alguien; “aquí está”, dice alguien, “yo, Ivanov, he firmado un artículo”, no es eso, sino el cumplimiento de alguna responsabilidad social; “debo refutar ciertas mentiras o exponer alguna mala situación”, o, por otro lado, “debo hablar a la gente de algo que lo merezca”... Es un gran error pensar que el estilo se puede lograr sólo con medios formales, sin el resorte principal, sin el objetivo social, que impulsa la gente a la acción. Los revolucionarios, en el ámbito de la escritura, como en otros, damos prioridad a la voluntad de actuar: de cambiar algo, de realizar algo, de lograr algo. Y el esfuerzo por desarrollar un estilo de escritura también debe estar subordinado a este fin.

¿De qué se compone un informe? De dos elementos, ambos igualmente necesarios. Uno de ellos es el *hecho*, el otro es el *punto de vista*. Sin hechos, no hay verdadero reportaje. Hay que tenerlo muy presente. La base de una noticia debe ser algo vivo y concreto, además de oportuno: algo que acaba de ocurrir, que tuvo lugar un día o dos antes o no mucho antes. Pero los hechos interesantes sólo pueden anotarse y destacarse si el corresponsal de prensa tiene un punto de vista. Además, para presentar los hechos al lector se puede y se debe tener un determinado punto de vista. Sólo así el reportaje tendrá el impacto educativo adecuado. Tal combinación de hechos vívidos con el punto de vista correcto constituye la esencia del arte de escribir para el corresponsal obrero y para el periodista en general.

Es ridículo, por supuesto, discutir qué es más importante, si los hechos o la opinión. Ambos son necesarios. No hay que ahogar los hechos con la opinión. En primer lugar, relaten los hechos tal y como aparecen, correctamente y de forma interesante. No le peguen al lector en la cabeza con la moraleja de su historia; no le arrastren por el cuello hasta tu conclusión. Dejen que el lector examine los hechos tal y como son. Preséntenlos de forma que la conclusión fluya de forma natural. Sugieran la conclusión a sus lectores de tal manera que no se den cuenta de su instigación. Esto, sin duda, es un arte superior, en el que debe esforzarse todo corresponsal obrero que quiera convertirse en un colaborador serio de la prensa. Sólo es posible avanzar en esta línea paso a paso, corrigiendo y reformulando asiduamente la escritura, sin estar nunca satisfecho con lo que se ha conseguido, aprendiendo de los demás, verificándose a ustedes mismos a través de sus lectores, ampliando sus conocimientos, sus horizontes y su vocabulario.

En una buena exposición debe haber, en primer lugar, una lógica interna. Es necesario exponer los hechos de forma coherente, es decir, al desarrollar una idea, dar a los lectores la oportunidad de recorrer en su propia mente todos los pasos que los llevarán a la conclusión adecuada. No es raro encontrarse con periodistas u oradores que no desarrollan sus temas de forma coherente, sino que despistan a sus lectores y oyentes con pensamientos o hechos aislados e inconexos que de alguna manera están relacionados con el tema. Esa forma de escribir tan descuidada tiene un efecto destructivo en una idea, igual que la dejadez física en el cuerpo. Cuando se escucha a un orador así, aunque sea joven, se dice uno a sí mismo: “¡Este no llegará lejos!” ya que sólo se puede llegar más lejos trabajando concienzuda y reflexivamente los problemas. Y esto se manifiesta en la exposición. Por muy sencillo que sea el problema, si está bien planteado, la exposición será coherente y fresca. Pero si todo se reduce a clichés, frases y “palabrería”, poned una “X” y escribid “fracasado”.

Cuando escriban, imagínense con la mayor claridad posible cómo sonaría su artículo si lo leyeran en voz alta en su propio taller de la fábrica, o en el de al lado, o en alguna otra planta cercana. Imagínense a una docena de obreros, o a los ciudadanos en general, escuchando su artículo. Piensen con calma y a conciencia en cómo este artículo va a llegar a ellos y a entrar en su conciencia. O, desde otro punto de vista, imaginen que las personas sobre las que están escribiendo una denuncia, por incumplimiento del deber o por algún tipo de irregularidad, están leyendo su artículo, y pregúntense si pueden decir que se ha extralimitado, que ha exagerado, que has tergiversado, que se ha equivocado en algo, que no ha investigado el asunto con el cuidado que debía. Pregúntense si realmente pueden ser culpable de tales acusaciones y si no sería mejor dejar de lado el artículo y volver a verificar los hechos con el cuidado que deberían. La conciencia de un corresponsal es la cualidad más importante; sin ella, todas las demás cualidades son inútiles. Si sus informes resultan ser erróneos, exagerados o simplemente falsos, una, dos o una tercera vez, eso no sólo socavará la confianza en usted, corresponsal obrero Petrov, sino que puede socavar la confianza en la palabra impresa en general entre los lectores atrasados. Tenga en cuenta su propia reputación como reportero del periódico, corresponsal obrero, y más allá de eso, su responsabilidad como guardián del honor y los logros de la prensa soviética.

Por supuesto, todo esto va mucho más allá del problema de la composición y el estilo. Pero, de todos modos, la conexión es muy directa. Un astuto escritor francés dijo hace tiempo: “El estilo es el hombre”, es decir, no es algo externo o superficial, sino algo interno, que expresa la naturaleza del desarrollo, la voluntad y la conciencia de la persona... Para cultivar su estilo, deben cultivarse como seres humanos que piensan y actúan. Y en este proceso, es imposible permanecer quietos.

Estilo popular y accesible

La composición, por supuesto, debe ser siempre lo más accesible posible. Pero, de nuevo, esta es una cuestión muy, muy complicada. La accesibilidad no sólo depende del estilo de la composición, sino sobre todo del fondo del tema que se trata. Como aproximación a este tema, permítanme darles a conocer una carta abierta dirigida a mí que fue enviada a *Rabochaya Gazeta*, pero que me fue remitida por el editor. He aquí el pasaje principal de la carta:

“Pido a los editores de *Rabochaya Gazeta* que publiquen esta carta abierta a L. Trotsky en el periódico. Como corresponsal obrero de nuestro periódico obrero proletario, no puedo guardar silencio sobre lo que me afecta como corresponsal y como defensor de la mejora cultural. Lo que me preocupa es que a menudo encuentro artículos de L. Trotsky en el periódico *Pravda* (al que también estoy suscrito) sobre la vida cotidiana de los trabajadores, la cultura proletaria, el arte, la política del partido en materia de arte, etc. Actualmente los artículos son muy, muy importantes, y el tema es interesante, pero no para todo el mundo. Con esto me refiero a todos los trabajadores, es decir, no es que los artículos no sean interesantes para los trabajadores; al contrario, son muy interesantes. Pero, desgraciadamente, no son del todo comprensibles; y son incomprensibles sólo porque están demasiado llenos de términos y palabras científicas. Por ejemplo, en el número 209, el artículo “La posición del partido ante el arte” incluye “criterios”, “metafísica”, “dialéctica”, “abstracción”, “antagonismo”, “individuo”, etc. Todos ellos exigen una cierta preparación y educación superior por parte del lector. Para el lector medio, y sobre todo para el obrero, son incomprensibles y, por tanto, apenas pueden interesarle. Por eso, por mi parte, solicito al camarada Trotsky que escriba más a menudo este tipo de artículos, pero que se abstenga de usar los mencionados términos y palabras extranjeras y los sustituya por palabras rusas accesibles y populares, para que estos artículos puedan aportar plenamente ese alimento espiritual que tanto anhelan nuestros atrasados lectores de la clase obrera.” Z. Kryachko, 25 de septiembre [1923].

La carta, como ven, es bastante antigua. La respondo aquí, con un poco de retraso. Pero el tiempo no es importante en este asunto, porque la cuestión del uso del lenguaje popular no tiene un significado temporal o efímero. No intentaré demostrar que los artículos de los que habla el camarada Kryachko eran accesibles, o que no había en ellos demasiadas palabras o expresiones extranjeras que podrían haberse redactado de forma más comprensible. Es posible, incluso probable, que tales pecados y descuidos estén presentes en estos artículos. Sin embargo, éste no es el quid de la cuestión del uso del lenguaje popular.

He dicho que el estilo depende en gran medida de lo que una persona sepa y de lo que quiera decir. Lo fundamental es el pensamiento y la voluntad de acción; sólo como elemento auxiliar se desarrolla y se hace visible el estilo. Lo mismo ocurre con el lenguaje popular. No es un fin en sí mismo, sino un medio para un fin. La forma de presentación debe corresponderse con el tema, con el grado de complejidad o de simplicidad inherente al mismo. Por supuesto, es posible incluir demasiadas palabras extranjeras y confundir la idea más elemental. Pero a menudo la dificultad no reside en las palabras ni en la composición en general, sino en el propio tema. Tomemos, por ejemplo, *El Capital* de Marx. ¿Podría haberlo escrito en lenguaje popular eliminando palabras extranjeras? No. ¿Por qué? Porque el tema es muy complicado. Si sustituimos todos los extranjerismos por el producto autóctono, *El Capital* no será ciertamente más comprensible. ¿Por qué? Porque el tema es complicado. Pero, ¿cómo se puede abordar *El Capital*? Intenten leer varios libros más sencillos. Acumulen conocimientos y luego aborden *El Capital*. La principal dificultad es la complejidad del tema.

Pero es incluso más que eso. Si las palabras extranjeras de *El Capital* se sustituyeran por palabras puramente rusas, la composición no sólo no resultaría más clara, sino que, por el contrario, se haría más compleja. Los términos científicos (palabras, denominaciones) denotan conceptos particulares y precisos. Si estos términos establecidos se sustituyen por algunas palabras rusas más o menos apropiadas, la precisión de los términos desaparece y la composición se vuelve más difusa. Es mucho mejor explicar los términos necesarios y luego repetirlos una o dos veces y así introducirlos en la conciencia del lector u oyente. Si el tema fluye directamente de la experiencia del trabajador, la composición puede y debe presentarse siempre de forma que incluso una persona analfabeta la entienda perfectamente. Pero si el tema no brota directamente de la experiencia individual del trabajador, si el tema se basa en una experiencia incomparablemente más amplia, como, por ejemplo, los problemas matemáticos o científicos y filosóficos generales, es totalmente imposible hacerlos totalmente comprensibles sólo por la forma de exposición. Para ello es necesaria una preparación, una biblioteca cuidadosamente seleccionada que sea una “escalera” hacia arriba, cada libro, un peldaño.

El primer paso para los obreros-lectores atrasados debe ser, naturalmente, los informes de su corresponsal obrero local. ¿Cómo leen un periódico los obreros avanzados, política y teóricamente educados? Comienzan con los despachos más importantes de los servicios de noticias. Sus ojos buscan para descubrir si ha habido o no una agudización de la lucha revolucionaria en algún lugar del mundo, un choque parlamentario, un cambio de gobierno, una amenaza de nueva guerra, etc. De este modo, comienzan, desde el principio, con el gran círculo de acontecimientos y de acontecimientos y demandas.

¿Y cómo se acercan los trabajadores de a pie al periódico? Buscan las noticias o informes que conciernen a su tienda, a su fábrica, o a una fábrica vecina, o a un club cercano, y finalmente, a su propia región o ciudad en su conjunto. Los trabajadores ordinarios empiezan por el círculo más pequeño; cuanto más pequeño es el círculo, más se interesan, porque los hechos que se relatan tocan sus propias vidas de forma mucho más directa.

Todos nuestros problemas y contradicciones culturales-educativas y político-educativas se sitúan entre estos dos círculos. Un círculo es enorme y abarca todo nuestro planeta, toda su vida y sus luchas; el otro círculo es bastante pequeño y sólo abarca lo que está bajo nuestros pies. En el primer círculo de intereses viven los elementos más avanzados, los luchadores experimentados, ilustrados y cultos. Los intereses de los obreros atrasados y de la inmensa mayoría del campesinado están confinados en el segundo, es decir, en el círculo pequeño. Entre el círculo pequeño y el grande hay toda una serie de círculos concéntricos intermedios, que pueden considerarse como escalones. El problema del periódico es ampliar los intereses del lector, conduciéndolo desde el círculo pequeño, paso a paso, poco a poco, hasta el círculo grande. Los corresponsales obreros ocupan un lugar muy importante en esta labor de educación del lector y de ampliación de sus horizontes. Están cerca de sus lectores, los observan día a día, siguen el crecimiento de sus intereses y ayudan a este crecimiento, amplían el círculo de sus informes de noticias y recurren constantemente a la vida y al aprendizaje de los libros para estar siempre por delante de su lector.

El corresponsal obrero, parte constitutiva del sistema soviético

Debemos tener siempre presente la idea de que los trabajadores que no leen periódicos no forman parte de su clase ni de su época... Sea lo que sea lo que se haga, hay que despertar a los trabajadores. Si no son capaces de leer, hay que inducirles a escuchar mientras otros leen. Y para ello hay que captar sus intereses, tocar sus

preocupaciones más vitales. ¿Cómo? Con lo que más inmediatamente les concierne. Deben oír que alguien piensa y escribe sobre ellos. ¿Quién puede hacerlo? El corresponsal obrero. Despertar las mentes adormecidas de sus compañeros más atrasados es la primera y principal tarea de todos los corresponsales obreros que se toman en serio su trabajo. El agua de un estanque no se estanca ni se estropea si fluyen en él manantiales frescos. Lo mismo ocurre con un periódico, especialmente en los casos en que existe un monopolio revolucionario de la palabra impresa. Recuerden: siempre existe el peligro del burocratismo periodístico. La redacción tiene sus propios departamentos separados, su propia burocracia, su propio enfoque y sus costumbres e instrucciones especiales impuestas desde arriba. Pero la vida siempre está cambiando, se desarrollan nuevas capas entre las masas, surgen nuevas cuestiones e intereses. Si el periódico ve las cosas desde un ángulo y el lector desde otro, eso es la muerte para el periódico. El corresponsal obrero no debe permitir que esto ocurra. Los corresponsales obreros no sólo escriben para sus periódicos sobre la vida de las masas. Observan cómo el periódico es recibido por las masas, no sólo sus propias noticias, sino todas las secciones del periódico y todos los artículos.

Escriban en el periódico sobre el propio periódico. Observen qué tipo de libros y folletos nuevos tienen respuesta en el medio obrero, y escriban sobre los libros en el periódico. El periódico no sustituye al libro. Sólo un libro puede cubrir un tema desde todos los ángulos y proporcionar una iluminación científica más profunda. Un corresponsal obrero que sólo escribe y no lee no avanzará; y quien no avanza, retrocede. Los corresponsales obreros deben elevar su propio nivel intelectual respecto a sus lectores mediante la lectura y el estudio. Sus lecturas deben estar orientadas a las cuestiones que la vida ha colocado en el centro de su atención como corresponsales obreros.

El objetivo principal de la organización soviética del estado es atraer a las amplias masas populares al gobierno y enseñarles a gobernar. En ningún caso debemos perder de vista este objetivo. Pero la experiencia de los últimos años nos ha demostrado que la resolución práctica de este problema es mucho más difícil de lo que imaginábamos al principio de la revolución. Somos demasiado atrasados, ignorantes, analfabetos y habitualmente desidiosos; mientras que los problemas prácticos de la construcción económica, por otra parte, son demasiado agudos y apremiantes. Este es el manantial del que brota la tendencia al burocratismo, es decir, la resolución de los problemas a través de las oficinas estatales, sin contar con los trabajadores y a sus espaldas. Aquí, el periódico entra como un poderoso correctivo al trabajo del aparato estatal. El periódico cuenta cómo este trabajo afecta y es percibido en las bases, cómo las bases responden a este trabajo. Ser sensible a esta respuesta y comunicarla en el periódico es la tarea indispensable de los corresponsales obreros. De este modo, pueden reclutar a los lectores del periódico para que se informen sobre el funcionamiento del estado y prepararlos gradualmente para participar ellos mismos en el gobierno.

Los corresponsales obreros no son simples reporteros de periódicos. En absoluto. Son un nuevo e importante componente del sistema soviético. Complementan la actividad de los organismos de gobierno, contrarrestando la burocratización dentro de ellos.

Problemas de la vida cotidiana

El proceso por el que la vida cotidiana de las masas trabajadoras se está desintegrando y formando de nuevo es uno de los asuntos más importantes a los que se enfrenta el corresponsal obrero (ya he hablado y escrito sobre esto más de una vez). Pero los problemas de esta naturaleza son mucho más complicados que los que surgen en los talleres y las fábricas. Aquí, el enfoque correcto es especialmente importante. De lo contrario, es demasiado fácil enredarse.

Los problemas de la vida cotidiana se reducen básicamente a los de la construcción económica y cultural, por un lado, y a las influencias culturales-educativas, por otro lado. Aquí es muy importante aprender a evaluar el propio trabajo de forma correcta y realista, sin dejarse llevar por la emoción. Este trabajo se compone de dos elementos de diferente importancia histórica. Por un lado, se introduce gradualmente el elemento del colectivismo en la vida familiar cotidiana. En este ámbito, a pesar de la modestia de nuestros logros, la dirección de nuestro trabajo nos distingue de manera fundamental de todo lo que se ha hecho a este respecto en los países capitalistas. Pero, por otra parte, dirigimos nuestra labor en esta dirección para que las masas trabajadoras de nuestro país adquieran los hábitos culturales que ya son comunes a todos los pueblos civilizados: la alfabetización, la lectura de periódicos, la pulcritud, la cortesía, etc. De este modo, al mismo tiempo que el curso fundamental de nuestro trabajo cultural es hacia el socialismo y el comunismo, debemos trabajar simultáneamente para hacer avanzar enormes sectores de nuestro frente cultural, aunque sólo sea hasta el nivel de cultura alcanzado en los estados burgueses avanzados. Este doble carácter, totalmente determinado por las circunstancias de nuestro pasado histórico, debe ser comprendido correctamente para no cometer errores en cuanto al sentido y la sustancia de nuestro trabajo.

Así, por ejemplo, varias sociedades locales para un nuevo modo de vida se han propuesto elaborar una “ética comunista”. Se entiende que esto incluye la eliminación de la grosería, la lucha contra el alcoholismo, el soborno y otros males.

Está absolutamente claro que al plantear la cuestión de esta manera caemos en una cierta ilusión óptica. Parecería que la grosería, el lenguaje soez, el alcoholismo y el soborno fueran característicos de todo el mundo capitalista, y que nosotros emprendiéramos por primera vez la tarea de crear una “ética comunista” limpiando nuestro país de los pecados y vicios antes mencionados. De hecho, en lo que se refiere a la grosería, el lenguaje soez, el soborno, etc., somos los receptores de un terrible legado de la Rusia zarista, que en cuestiones de cultura estuvo a la zaga de los estados europeos durante muchas décadas y, en algunos aspectos, durante siglos. Una buena parte de nuestras tareas culturales y, en consecuencia, de la labor del corresponsal obrero culturizador, consiste en liquidar esta barbarie preburguesa. Subrayo esto porque es muy importante que entendamos correctamente lo que estamos haciendo.

Recordaréis que Marx decía que no se puede juzgar ni a los partidos ni a los individuos por lo que piensan de sí mismos. ¿Por qué? Porque todos los partidos del pasado, en particular los partidos democrático-pequeños burgueses, han albergado ilusiones, ocultándose a sí mismos las lagunas y contradicciones de su propio programa y de su propio trabajo. Los partidos democrático-burgueses no pueden vivir sin ilusiones. Es precisamente en virtud de esto por lo que los mencheviques y los eseristas, por ejemplo, se consideran “socialistas”. Estas ilusiones ocultan el hecho de que, en realidad, están ejecutando funciones en interés de la burguesía. Pero para nosotros, los comunistas, las ilusiones son innecesarias. Somos el único partido que no necesita ilusiones, autoengaños ni falsos colores para llevar a cabo su gran obra histórica. Bautizar la lucha contra la grosería, el alcoholismo y el soborno con algún nombre superceremonioso como “lucha por una ética comunista” o “por la cultura proletaria”, no significa que se acerque el advenimiento del comunismo. Simplemente significa adornar nuestro tosco trabajo preliminar con etiquetas falsas, lo cual es inapropiado e indecoroso para nosotros como marxistas.

No pretendo restar importancia a nuestra lucha cotidiana por elevar el nivel cultural de las masas. Al contrario, todo depende del éxito de esta lucha. En su día dijimos que el piojo del tifus podía devorar al socialismo. La lucha contra el soborno, como contra

el piojo, no constituye en sí misma la inculcación de la ética comunista. Pero está claro que es imposible instaurar el comunismo sobre la base de la grosería física y moral.

Tanto en la ciudad como en el pueblo se opina que “un miembro de la Liga de la Juventud Comunista no puede beber”. Este es un logro que debe ser reforzado y desarrollado. Con frecuencia se encontrarán con un charlatán que con una mirada de profundidad comenzará a explicar que la lucha contra el alcoholismo es tolstoyanismo. Es difícil imaginar algo más estúpido o banal.

Para las masas trabajadoras la lucha contra el alcoholismo es una lucha por la supervivencia física, espiritual y, sobre todo, revolucionaria. Apenas hemos empezado a levantarnos. Apenas tenemos lo suficiente para arreglarnos. Sólo podemos aumentar nuestros salarios muy, muy lentamente. Y de hecho los salarios son la base de la vida cotidiana y la base del progreso cultural. El alcohol, al introducirse en la vida cotidiana del trabajador, le arrebató una gran parte de los ingresos salariales y, de este modo, socava el avance de la cultura. Es necesario comprender claramente toda la magnitud de los peligros del alcohol bajo nuestras condiciones, en las que los órganos económicos del país apenas han comenzado a recuperarse después de una peligrosa enfermedad y en todas partes todavía cargan con rastros de enfermedad crónica. El corresponsal obrero debe ser capaz de relacionar íntimamente la lucha contra el alcoholismo con todas las condiciones de vida de un determinado grupo de trabajadores, con todas sus circunstancias fabriles, culturales y domésticas. Y cualquier corresponsal obrero que tome a la ligera el alcoholismo, cuando es el enemigo más malicioso de la revolución y del avance cultural de las masas, no es un verdadero corresponsal obrero.

En relación con los problemas de la vida cotidiana, me preguntan cuál es mi actitud hacia el Movimiento Octubre y si forma parte de la nueva forma de vida. Por supuesto, no es necesario exagerar la importancia del Movimiento Octubre, y no es más aceptable burocratizarlo. Sin duda, representa un paso adelante, una señal de progreso. Hoy mismo he recibido una carta del distrito de Elizavetgrad, uno de los distritos en los que Majnó era más fuerte y que sufrió algunas de las peores pruebas a manos de las bandas de forajidos. Allí, en un pueblo (olvido cuál), unas diez familias ya han organizado un “hogar comunal octubrista”, incluyendo incluso a personas mayores en él. Esto en sí mismo, repito, no cambia la vida cotidiana, pero es una mejora crítica, que revela la aspiración a cosas nuevas. Así es como debemos verlo.

En nuestro país persiste a menudo la creencia religiosa, no tanto en la cabeza de la gente, en su conciencia y convicciones, como en su forma de vida, sus costumbres y circunstancias. Por eso no siempre se puede tener éxito sólo con argumentos científicos. Pero para compensar, se pueden dar golpes muy duros a los prejuicios religiosos mostrando cómo se manifiestan en la vida. Hay que observar con una mirada clara y crítica los bautizos, las bodas o los funerales que se celebran en la iglesia y describirlos con sencillez, o con una risa, si se tiene esa habilidad. Los reportajes sobre la vida religiosa pueden y deben desempeñar un papel mucho más importante en la lucha contra el papel de la iglesia en la vida cotidiana que las intrincadas y rebuscadas caricaturas de algunos de nuestros artistas gráficos.

La cuestión del sexo

Se habla mucho del problema del sexo en la vida cotidiana. El interés por este problema es especialmente fuerte entre nuestros jóvenes, por razones comprensibles. En todo tipo de reuniones se presentan preguntas escritas sobre este tema. El problema se plantea no teóricamente, es decir, no en el sentido de la elucidación marxista del desarrollo de las formas de la familia y de las relaciones sociales y sexuales, sino prácticamente: cómo vivir ahora, cómo son las cosas hoy en día.

Este es un problema difícil. Bajo nuestras condiciones es difícil ofrecer una solución categórica a un problema que, en la práctica, se plantea de forma tan aguda, de forma tan marcada, ya que el problema sexual abarca todo el nudo de problemas de nuestra sociedad y de las relaciones domésticas; y todavía está muy, muy enredado. No puedo desenredarlo aquí, ni siquiera teóricamente. Esto llevaría mucho tiempo y este problema no está en la agenda de hoy. Pero indicaré los rasgos principales, porque el corresponsal obrero no puede ser en absoluto indiferente a las relaciones, los conflictos y las dificultades que surgen del complejo básico de las relaciones sociosexuales.

Ni que decir tiene que examinamos el problema sexual abiertamente, sin misticismo, sin mentiras ni hipocresías convencionales y, por supuesto, sin cinismo. La generación joven debe ser informada oportunamente tanto de la fisiología como de la higiene social del sexo. Debe haber una alfabetización tanto sexual como política. Esto es lo mínimo que debemos proporcionar. Pero, por supuesto, esto aún está lejos de resolver las contradicciones relacionadas con los aspectos sexuales de la vida bajo las condiciones de transición de nuestro país.

El problema de la vivienda tiene una enorme influencia en este ámbito, como lo tiene en general en todos los ámbitos relativos a la vida privada. La creación de condiciones de vivienda dignas de seres humanos civilizados es un requisito necesario para un gran progreso en términos de cultura y humanidad, así como de relaciones sexuales. Lo mismo ocurre con los comedores sociales, con las instalaciones para la alimentación y la crianza de los niños, y con la situación de los niños en general. Es evidente que todo el trabajo de reorganización de la vida cotidiana según las pautas socialistas, creará condiciones más propicias para la resolución de las actuales contradicciones sexuales.

El proceso del despertar y del desarrollo de la personalidad es y seguirá siendo paralelo a esto. Ser culto es ante todo una cuestión de disciplina interna. Cuando decimos que en el camino hacia el socialismo total y el comunismo el estado como aparato de coacción desaparecerá gradualmente, estamos diciendo también que la fuente de la disciplina necesaria para la nueva sociedad será totalmente interna y no externa. Dependerá del grado de cultura de cada ciudadano. Al igual que las personas en un coro cantan armoniosamente no porque estén obligadas a hacerlo, sino porque les resulta agradable, en el comunismo la armonía de las relaciones responderá a las necesidades personales de cada individuo. En el caso de las relaciones sexuales, esto significa, por un lado, liberarse de las ataduras y limitaciones externas y, por otro, someterse a la disciplina interna de la propia personalidad: de su vida espiritual más rica y de sus necesidades más elevadas.

Por supuesto, esta perspectiva sigue siendo bastante remota. Pero, de todos modos, nos muestra el camino que debemos seguir para encontrar la salida a las actuales contradicciones agudas y dolorosas en el ámbito de las relaciones sexuales. *El trabajo público destinado a reorganizar la vida cotidiana y los esfuerzos individuales encaminados a elevar el nivel de la personalidad en todos los aspectos*: ésta es la prescripción básica que puede darse en respuesta a las siempre numerosas consultas presentadas en materia de sexo. Además, este es el punto de vista con el que el corresponsal obrero debe abordar estos problemas.

La representación de la moral y las costumbres y la nueva literatura

Así, a través del corresponsal obrero, la vida cotidiana de los trabajadores debe contarse y reflexionar sobre sí misma. Hemos tenido muchas discusiones sobre cuáles deben ser los objetivos de la nueva literatura proletaria. Algunos círculos literarios han tratado de convencernos de que la literatura revolucionaria no debe “reflejar” sino

“transformar” y, por tanto, que la representación de la moral y las costumbres no tiene cabida en las obras de arte revolucionarias.

Este enfoque es un ejemplo muy evidente de un “trastorno infantil” de la izquierda. No hay ni una pizca de marxismo en él. ¿Cómo se puede transformar algo sin reflejarlo primero? ¿Cómo se puede influir en la vida cotidiana sin conocerla en detalle? Algunas personas (algunos de los comunistas-futuristas) llegan a decir que la literatura revolucionaria debe darnos un “estándar” (modelos y normas, por así decirlo) de lo que debería ser. Pero esto es claramente un punto de vista sin vida, idealista, profesoral y escolástico. Divide artificialmente el mundo en dos partes: lo que es y lo que debería ser. Dicen, dejemos que los conservadores retraten lo que es, y nosotros (¡oh, qué revolucionarios son!) mostraremos lo que debería ser.

Cuando uno lee este tipo de filosofías, se dice a sí mismo: es como si ni Marx ni Lenin hubieran existido para esta gente. No, no filosofen, señoras y señores: necesitamos desesperadamente un reflejo de la vida de los trabajadores y de su existencia cotidiana que vaya desde los simples informes de los corresponsales obreros hasta las generalizaciones artísticas. No cabe duda de que el desarrollo de una red de corresponsales obreros que amplíen sus horizontes y la gama de sus intereses, y que desarrollen sus técnicas literarias, todo ello, combinado, creará la base de la nueva y más completa literatura de nuestra época de transición.

Con esto, permítanme volver a la discusión de la literatura proletaria para llegar al meollo de la cuestión. Algunos camaradas me acusan de estar supuestamente “en contra” de la literatura proletaria. En el mejor de los casos o, mejor dicho, en el peor, esto puede entenderse como que también me opongo en cierta medida a los corresponsales obreros, ya que son la única voz literaria local y de primera mano del proletariado. A través del corresponsal obrero, el proletariado mira a su alrededor, se mira a sí mismo y relata lo que ve. Si el corresponsal obrero no cumple esta función, entonces no es un corresponsal obrero y debe ser rebajado de categoría.

¿En qué sentido, camaradas, he hablado “contra” la literatura proletaria? No he hablado contra la literatura proletaria, sino contra el hecho de que círculos de escritores desvinculados cuelguen carteles en sus puertas diciendo: “En esta pequeña oficina se está desarrollando la literatura proletaria. No hace falta ir más allá”. ¡No! Crear una cultura proletaria no será tan fácil. Es una tarea mucho más intrincada y complicada que eso. El proletariado está realizando un excelente trabajo en cuanto a la enseñanza y el aprendizaje de la escritura, la enseñanza y el aprendizaje de la composición dramática, la música y el arte. Pero cuando los círculos literarios se crean descuidadamente a partir de una docena de jóvenes escritores conectados con el proletariado sólo por su estado de ánimo, y cuando dicen: “La literatura proletaria es lo que representamos; todo lo demás puede irse al diablo...” Entonces, entonces tenemos que objetar: ¡Ustedes se apresuran demasiado! Confunden sus deseos con la realidad. No nos oponemos porque estemos “en contra” de la literatura proletaria. ¡Qué tontería! Nos oponemos porque es imposible crear una literatura proletaria (si se entiende que no representa a un círculo literario, sino a la clase [proletaria]) por medios tan simples y fáciles. Tienen ante ustedes, en primer lugar, la tarea de elevar el nivel cultural de las masas atrasadas que, desgraciadamente, todavía no entienden ni siquiera de literatura.

Camaradas, hablamos de “literatura burguesa”. ¿Por qué la llamamos burguesa? ¿De dónde ha salido eso? ¿Cómo se compuso? La clase burguesa es rica; por lo tanto, está educada. Tiene tiempo libre, ya que explota al proletariado. Dedicar su tiempo libre a todo tipo de placeres, incluyendo la literatura, el arte, etc. ¿Cómo se forman los escritores burgueses? A menudo son hijos de la pequeña, mediana o gran burguesía, que estudian en escuelas burguesas, viven en familias burguesas, frecuentan los salones burgueses,

donde se reúnen con diputados, ingenieros, comerciantes y músicos burgueses, deleitándose con la pequeña charla de la propia burguesía. Así, siempre tienen “su propio” ambiente social, en el que viven y respiran. El escritor, el artista deben tener una acumulación de impresiones cotidianas. ¿Dónde las acumulan? En el ambiente burgués ¿Por qué? Porque nadan en este ambiente como un pez en el agua. Este es *su* ambiente rico y culto. Y las cosas que absorben, las cosas que inhalan y con las que se intoxican de esta esfera burguesa, estas cosas las reproducen en sus poemas, narraciones y novelas. Este es, simple y brevemente, el proceso de creación de la literatura burguesa. No surge de golpe. Se creó a lo largo de un período de siglos.

La burguesía ha gobernado durante cientos de años. Incluso antes de tomar el poder, era una clase rica y culta para su época. Y toda la fraternidad artística, incluidos los reporteros de los periódicos (¿se podrían llamar *burzhkor* quizás?)¹, estos mismos corresponsales burgueses, se alimentaban de todo lo que se veía y oía en las familias burguesas, salones, tiendas, etc. Entonces, ¿cuál fue la condición principal para el desarrollo de la literatura burguesa? La condición principal fue que los escritores burgueses y, en general, el trabajador artístico y la propia burguesía, vivían en un mismo entorno cotidiano y se caracterizaban, a grandes rasgos, por un nivel cultural idéntico. La literatura, la ciencia y el arte son particularmente ricos en aquellos países donde la burguesía era rica y poderosa, donde se había desarrollado y gobernado durante mucho tiempo, subyugando ideológicamente a un gran círculo de personas, donde tenía grandes tradiciones científicas y literarias. En nuestro caso, en el proceso de creación de nuestra literatura clásica, aristocrática, tardía y burguesa, nuestros escritores sólo convivieron con la clase que era capaz de alimentar, apoyar e inspirar a sus escritores.

Si nos preguntáramos, camaradas, si en la actualidad, hoy, nuestro proletariado podría crear tales condiciones para sus propios artistas, escritores y poetas (sí o no), yo respondería: desgraciadamente, todavía no es posible. ¿Por qué? Porque el proletariado sigue siendo el proletariado. Para enviar a los escritores o artistas proletarios principiantes a la escuela para que estudien, para que se desarrollen, bajo las condiciones actuales debemos arrancarlos de la producción, de la fábrica, e incluso en parte de la vida cotidiana de la clase obrera en general. Hasta ese momento, mientras el proletariado siga siendo un proletariado, incluso la intelectualidad que surja del seno de la clase obrera estará inevitablemente, en mayor o menor grado, al margen de ella.

Aunque Marx y Lenin no eran obreros, gracias al genio de su intelecto fueron capaces de comprender el curso del desarrollo de la clase obrera y de expresarlo en términos científicos. Pero para que los poetas y novelistas sientan el estado de ánimo de las amplias masas obreras y lo expresen en la literatura y la poesía, deben estar constante e inseparablemente vinculados con las masas obreras en la vida cotidiana, en las experiencias diarias. Y este no es el caso ahora, y realmente no puede ser el caso hasta que hayamos creado las condiciones previas para una nueva cultura genuinamente de masas. Y estas condiciones son: en primer lugar, la alfabetización; en segundo lugar, la verdadera alfabetización, y no el semianalfabetismo; y, en tercer lugar, una población universalmente bien informada. Y esto supone una seguridad material general, es decir, unas condiciones de vida tales que la gente disponga de una gran cantidad de tiempo libre, no sólo para relajarse, sino para autoeducarse y autoformarse. En otras palabras, esto supone un avance material y espiritual hasta un nivel tal que la clase trabajadora en su

¹ *Burzhkor*, Trotsky hace un juego de palabras. En todo el texto en ruso, la abreviatura *rabkor*, de la primera época soviética, se utiliza para “corresponsal obrero”. Es una contracción de las palabras rusas *rabochiy* (trabajador) y *korrespondent* (corresponsal). Con la palabra *burzhkor* (corresponsal burgués), Trotsky está creando un paralelismo imaginario con el mundo burgués, utilizando una contracción de las palabras rusas *burzhuanzhnyi* y *korrespondent*. Nota del traductor al inglés.

gran mayoría, y no sólo sus elementos principales, llegue a dominar toda la cultura humana.

¿El camino hacia esto es grande o pequeño, largo o corto? Es tan largo o corto como todo nuestro camino hacia el socialismo completo y desarrollado, ya que la única manera de elevar a todo el proletariado, y tras él a las masas campesinas, a un nivel cultural en el que ya no habría una enorme brecha cultural entre lectores y escritores, artistas y espectadores, es fortaleciendo y desarrollando el socialismo. ¿Y qué tipo de cultura será ésta? ¿Cultura proletaria? No, será cultura socialista porque el proletariado, a diferencia de la burguesía, no puede ni quiere seguir siendo la clase dominante para siempre. Al contrario, el proletariado tomó el poder para dejar de serlo lo antes posible. En el socialismo no hay proletariado, sino una vasta y culta cooperativa de productores y, en consecuencia, un arte producido cooperativamente, o socialista.

Por supuesto, entre los jóvenes grupos literarios que surgen ahora de las filas del proletariado o que se acercan al proletariado, hay poetas, novelistas, etc., con talento o al menos prometedores. Pero su trabajo representa hasta ahora una gota de agua que no permite satisfacer al proletariado sólo con este arte. Debemos hacer todo lo posible para ayudar a estos primeros brotes de creatividad artística proletaria, pero al mismo tiempo es imposible permitir violaciones de perspectiva tan escandalosas como cuando un pequeño grupo literario joven se declara el vehículo de la “literatura proletaria”. Semejante autoevaluación se basa en una falsa comprensión de todo el curso del desarrollo histórico-cultural del proletariado, que todavía tiene una necesidad muy, muy grande de escolarizarse en el arte burgués, de adquirir para sí lo mejor de lo creado por ese arte, de elevar su propio nivel artístico y asegurar así las condiciones para un auténtico arte socialista de masas. En este proceso cada grupo literario-proletario separado puede tener su pequeño lugar, pero ninguno puede tener el monopolio.

Por supuesto, el proletariado se acerca al arte burgués a su manera proletaria, al igual que a las mansiones de la nobleza. En efecto, el proletariado no deriva su punto de vista de clase del arte; al contrario, lleva su punto de vista al arte. Y aquí también el corresponsal obrero debe prestar su ayuda. Debe convertirse en el intermediario entre las amplias masas, por un lado, y la literatura y el arte en general, por otro lado. ¿Qué leen los trabajadores? ¿Qué leen las mujeres trabajadoras? ¿Qué tipo de obras artísticas les gustan? ¿Cómo las leen? ¿Aplicarán las conclusiones a sus propias vidas? El corresponsal obrero debe espiar, escuchar y relatar todo esto.

Los periódicos murales que cuelgan en esta sala, y en cuya creación los corresponsales obreros han desempeñado un papel tan activo, representan por supuesto un logro muy valioso en el proceso de nuestra lucha por elevar el nivel cultural de las masas.

Su enorme importancia radica en su origen local. Y tomamos nota, elogiamos y premiamos (sobre todo con una colección de obras de Lenin) a los escritores y artistas de la fábrica que mejor compusieron y decoraron sus periódicos murales. Al mismo tiempo, camaradas, estos periódicos murales, impresos a mano, nos recuerdan nuestra pobreza y nuestro atraso cultural y lo mucho que tenemos que aprender para ponernos al nivel cultural de las naciones burguesas avanzadas, conservando y fortaleciendo, por supuesto, nuestros fundamentos socialistas. Nuestra prensa, incluidos nuestros periódicos murales, expresa ideas inconmensurablemente superiores a las “ideas” que desarrolla la prensa burguesa. Pero si se toma, digamos, un periódico inglés desde el punto de vista de la variedad del material, la habilidad y el atractivo de la presentación, la ilustración y la técnica, habrá que decir: ¡Cuánta ventaja nos llevan! Tienen, además de los grandes periódicos, numerosos periódicos pequeños y especiales dedicados a los intereses o necesidades particulares de un comercio, una corporación o un barrio, y que reflejan todos

los aspectos de su vida. Mientras tanto, nosotros tenemos que crear a mano periódicos murales, que sólo sacamos una vez al mes y a veces no tan a menudo. O comparen nuestra prensa con la norteamericana. En toda la Unión Soviética tenemos ahora menos de quinientos periódicos con una tirada general de dos millones y medio. En Norteamérica hay unos 20.000 periódicos con una tirada de más de 250 millones, es decir, aproximadamente cien veces más que nosotros. Y la población de Estados Unidos es menor que la nuestra en 20 millones. Debemos tener siempre presentes estas cifras. Es imposible olvidar nuestro propio atraso. Por cierto, ahí es donde el atraso cultural adquiere su siniestra fuerza: adormece la conciencia; pero lo que necesitamos es una conciencia siempre vigilante. Sólo entonces venceremos a todos nuestros enemigos, incluido el más poderoso, nuestra propia incultura.

Sobre la crítica y la denuncia

Para terminar, me gustaría hablar una vez más sobre la crítica y denuncia de todos nuestros casos de mal funcionamiento. Esto es fácil y difícil al mismo tiempo. Es fácil porque las disfunciones son muchas. No hay que buscarlas; basta con mirar a nuestro alrededor. Es difícil porque las razones del mal funcionamiento son muy complejas y no siempre es fácil descubrirlas inmediatamente.

Siempre estamos en proceso de “solucionar las cosas”. La propia expresión “se solucionará” es, como sabemos, bastante corriente entre nosotros. A Vladimir Illich le disgustaban mucho estas palabras y las repetía siempre con ironía: “Se solucionará... lo que significa que no se ha solucionado, y nadie sabe cuándo se solucionará”. Con frecuencia la expresión “se solucionará” oculta la incompetencia, el egoísmo y la irreflexión, pero también puede reflejar condiciones objetivas difíciles y todo tipo de carencias y deficiencias. Separar las razones objetivas del mal funcionamiento de las subjetivas, la desgracia de la culpa, es muy difícil. Así, no es fácil hacer una evaluación general de la situación en una fábrica, una escuela o un departamento militar: ¿Están mejorando las cosas? ¿Ha habido grandes éxitos? ¿Hay que alabar o culpar al líder? Es posible tomar una fábrica cualquiera y, al inspeccionarla, ofrecer dos imágenes contradictorias: en un caso, uno podría enumerar todos los hechos e incidentes relacionados con el mal funcionamiento, la desorganización, la utilización irracional de la mano de obra o de los materiales, etc., y, aun así, quedarse con un gran número de estos hechos. Pero es posible abordar esto de otra manera: reunir todas las mejoras, cualquier tipo de logros en los últimos dos o tres años, y tales mejoras son también numerosas. Si se reúnen de este modo los logros, cerrando los ojos a todos los defectos, se obtiene una imagen muy reconfortante.

Por eso, en nuestras complejas y difíciles condiciones de transición, los inspectores y, en consecuencia, también los corresponsales obreros, caen tan fácilmente víctimas de sus propias debilidades subjetivas, de su propia arbitrariedad crítica y, aún más, de la voluntad. Y cuando los que han sido inspeccionados o reprendidos en la prensa ven que las conclusiones de una inspección se basan sólo en impresiones superficiales o en prejuicios personales, es evidente que ese examen o investigación no les estimula nada; al contrario, mata su espíritu y, por tanto, desbarata todo el propósito.

Los corresponsales obreros deben evitar este peligro como a la peste. Por supuesto, a menudo cometerán errores de juicio y evaluación. En todos los quehaceres hay una posibilidad de error, y en el trabajo periodístico más que en ningún otro. Pero la parcialidad, la arbitrariedad y la irresponsabilidad son cosas que un corresponsal obrero no puede ni debe permitir. Al mismo tiempo que luchan contra la arbitrariedad, los corresponsales obreros no deben convertirse en fuentes de arbitrariedad en sus simpatías, evaluaciones y conclusiones. El sentido de la responsabilidad para llevar a cabo nuestro

trabajo debe jugar un papel principal en todas sus actividades. El corresponsal obrero es un órgano de la conciencia social, que vigila, expone, exige, persiste. No puede ser de otra manera. El corresponsal obrero escribe sobre los casos de mal funcionamiento y espera que se eliminen. Pero no siempre se eliminan inmediatamente.

Esto, pues, abre el único ámbito de actividad genuino para los corresponsales obreros. Es muy fácil, después de un fracaso, echarse las manos a la cabeza. Pero los corresponsales obreros que son luchadores actúan de otra manera. Saben que es mucho más fácil encontrar el mal funcionamiento que eliminarlo. También saben que un periódico se hace notar, no de golpe, sino a base de repetir, de mantener la presión, día tras día. Los corresponsales obreros aprovechan todas las nuevas oportunidades y encuentran nuevas formas, utilizando nuevas circunstancias o detalles, para exponer estos casos de mal funcionamiento. Además, siguen estudiando el problema por sí mismos, abordándolo primero desde un ángulo y luego desde otro, para comprender más claramente sus raíces y atacar con mayor precisión su causa principal.

Un corresponsal obrero necesita autocontrol; un corresponsal obrero necesita el temperamento de un luchador. Incluso en el ámbito político más amplio no lo hemos ganado todo de inmediato. Hemos pasado por décadas de lucha clandestina, seguidas de 1905, luego la derrota, y de nuevo la clandestinidad; luego vino 1917, la revolución de febrero, la guerra civil... Nuestro partido demostró la mayor tenacidad en la lucha revolucionaria y a través de ella, y venció. Los corresponsales obreros deben estar totalmente imbuidos del espíritu del partido comunista: el espíritu de lucha, la tenacidad y el compromiso revolucionario. El corresponsal obrero debe ser comunista, debe vivir no sólo de acuerdo con la letra, sino también con el espíritu de las enseñanzas de Lenin, lo que significa crítica y autocrítica constante. No crean todo lo que oigan; no vivan de rumores; confirmen las cifras, confirmen los hechos; estudien, critiquen, esfuércense; luchen contra la arbitrariedad y el sentimiento de que no hay defensa contra la injusticia; persistan, presionen con sus puntos de vista, amplíen su campo de comprensión ideológica; avancen y empujen a los demás hacia adelante; ¡sólo entonces serán auténticos y verdaderos corresponsales obreros! (*Aplausos atronadores*)

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es